

He aquí por qué digo que Z*** representa un tipo social, y que social es su delito. La podredumbre fría de las costumbres es cómplice y encubridora de esta clase de delincuencia. Cuando no se sabe—ó cuando se sabe sobradamente—el origen del dinero que un sujeto echa por la ventana, ni se concibe que encuentre abiertas las puertas del trato de personas que viven de lo suyo, de su fortuna propia—empléala bien ó mal, esto ya es otra cuestión,—ni que un establecimiento serio le cuente en el número de sus funcionarios de confianza. No se concibe, pero es lo que sucede á cada paso; lo que diariamente vemos; lo que á nadie sorprende, y sólo arranca ocasionales gritos de protesta á las víctimas de la estafa, y en peligro de que el establecimiento conteste impasible: «No soy responsable... El sujeto se ha evaporado... No parece... Y aunque parezca, el dinero habrá volado ya... Requiescat in pace...»

**

Hace algunos años, un tesorero de Circulo huyó de Madrid llevándose una suma exigua relativamente á la «desfalcada» por Z***; algunos miles de duros. Ocho días antes de que esto sucediese, el entonces presidente del Circulo (está vivo y no me dejará mentir) me habló incidentalmente del tesorero en cuestión, y me dijo que era de estos individuos alegres y juerguistas, simpáticos hasta la pared de enfrente. Y recuerdo que le respondí: «Pues ese se les marcha á ustedes con los fondos, á la hora menos pensada.» Cuando en tan breve plazo se realizó la profecía, exclamó el presidente: «Pero ¿es usted zahorí?» ¡Zahorí! ¡Zahorí!, estuve por contestarle. A fe que se necesita el don de Isaías para vaticinar ciertas cosas. Si la sencilla noción de que no cabe gastar lo que no se tiene y conservar la honorabilidad entrase en las cabezas y ejerciese influjo en las relaciones todas de la sociedad, el caso de Z*** sería imposible, porque la Caja de Depósitos se hubiese apresurado á dejarle cesante, substituyéndole con otro «bastanteador» menos simpático, y que con sus pobres cinco mil sostendría quizás una esposa, unos hijos, un hogar sin más ostentación que la dignidad y la honra.

**

Los establecimientos de crédito están obligados moralmente á conocer la conducta de sus empleados y á prevenirse, evitando sucesos como el que hoy refiere la prensa. Siempre cabe que un empleado cometa una estafa; pero si ese empleado hace, sin recato, tal género de vida que irremisiblemente vendrá una hora en que no tenga más salida que cometer la estafa ó pegarse un tiro..., entonces el establecimiento es responsable, aunque por las triquiñuelas legales pudiese su responsabilidad no hacerse efectiva. Y si el establecimiento de crédito es del Estado, como en el caso presente, responsable debe ser el Estado; acaso se eximirá de la responsabilidad, pero el moralista le ve tan cargado de culpa como puede estarlo Z*** en el desconocido país donde oculta su delito y goza del fruto de su rapina...

**

Lo más curioso del caso Z*** es que no fuese únicamente el Estado, sino los particulares, quienes depositaron confianza en él. Aparecen ahora unos cándidos señores que le habían entregado, para que cobrase el cupón, fondos por valor de trescientas mil pesetas. Este capital no despreciable, que desde hace años tenía en su poder el estafador, fué sin duda lo primero que derrochó, en su existencia intensa de alegre compadre. No negaré que para vivir en el mundo es necesario fiarse de alguien, y hasta fiarse de muchas personas. Sin embargo, paréceme excesiva confianza poner tal suma en manos de un jugador de oficio. Y eso de cobrar el cupón bien puede hacerse personalmente...

He oído yo quejarse á muchos hombres emprendedores, deseosos de dedicarse á negocios lícitos, á empresas industriales ó agrícolas, de la dificultad enorme con que aquí tropiezan tales intentos, por la falta de socios capitalistas; porque el dinero se invierte casi exclusivamente en papel del Estado, sosegada inversión que no da dolores de cabeza; y todo el talento, toda la energía que pretenda desarrollar un individuo trabajador, no dará garantías suficientes para que si necesita unos miles de pesetas ó de duros, encuentre quien se los proporcione. Y esos tenedores de papel del Estado, que temblarían ante la idea de asociarse á un intento útil para el desarrollo de la riqueza y la prosperidad del país, entregan intrépidamente fuertes sumas, sin la menor garantía,

al parroquiano de la timba más ó menos elegante, al mujeriego y al nocharnigo, al derretidor de moneda, y todavía sufren una decepción cuando, al preguntar por su pájaro de oro, el que lo tenía enjaulado imita el ¡frrrrr! del vuelo y sonríe para sus adentros, pensando que el mundo está poblado de inocentes...

**

Amén de los infortunados señores de los sesenta mil duros, surgirán, según parece, varios «perjudicados» que se fiaron de Z*** porque le veían ejercer importante cargo en la Caja de Depósitos. He aquí otro aspecto de la responsabilidad social á que antes me refería. El cargo supone la suficiencia—moral é intelectual—de aquel que lo ejerce. Tácitamente, el Estado garantiza á los que emplea, como los dueños de casa garantizan á los que reciben. Es la red complicada y fuerte de las relaciones sociales, y es la razón de que, cuando se falsean las nociones de lo verdadero y de lo recto en una sociedad, el daño sea infinito, y llegue á las últimas fibras y á los más recónditos senos. No es lo malo que haya algo podrido en Dinamarca, sino que el vaho de la charca forme parte de nuestra respiración. No es lo malo que existan estafadores, sino que puedan existir gentes cuyo género de vida les obliga á estafar, y que ocupan cargos que obligan al público á fiarse.

**

Otro aspecto curioso y social de este *affaire*, tal cual hoy lo refieren los diarios—yo no me hago responsable sino de la copia—es la manera que tuvo Z*** de calmar las impacencias de los que le habían confiado fondos y los reclamaban sin obtener su devolución. «Voy—les dijo—á casarme con una señora inmensamente rica. Esperen ustedes, que al día siguiente de mi boda habrá lo suficiente para reintegrarles...» Y le creyeron.

Los comentarios á este incidente son tan sabrosos como desconsoladores. Todavía, según el criterio social, le quedaba al perdelario este recurso: no eran tan fatales la estafa y la fuga: podía reemplazarlas la tranquila explotación de las riquezas de una mujer. Así, todo se conciliaba: el derrochador entraba de lleno en el ambiente de lujo, brillo y *confort* á que se precipitaba como se precipita al foco de luz la mariposa; sus trampas de antes se cubrían con el soberbio manto de su opulencia actual; su reencarnación en millonario hacía olvidar sus tropiezos y titubeos de la época en que el dinero ajeno se le derretía entre las falanges... Como el protagonista del drama *La ráfaga*, de Bernstein, era el que había seguido la «carrera de rico» con la diferencia de que éste, el de *La ráfaga*, prefirió una bala en el corazón á restaurar su fortuna por medio de una mujer, y Z*** hubiese preferido encontrar la señora poderosa que le sacase del atolladero. Tal desenlace parecía eminentemente lógico á sus acreedores; por su parte, la sociedad lo encontraría intachable. De un momento de emoción amorosa... ó lo que se le llama; del caso fortuito de cruzarse ó no en su camino la dama poseedora del gran bolsón bien relleno de oro, dependió el que el nombre de Z*** haya llegado á rodar con menosprecio por la prensa y las bocas, ó fuese, por el contrario, citado con ese murmullo de respeto misterioso que infunden los millones ajenos, de los cuales no ha de participar, ciertamente, el que así los venera...

Y yo me represento á Z***, en sus últimos tiempos de apuro, de ahogo, de *debâcle*, espiondo, en teatros y paseos, la aparición de la fortuna debidamente simbolizada por una mujer. ¡Qué de miradas incendiarias; qué de proyectos de seducción; qué de escenas de la comedia del amor no habrá ideado el *viveur* exhausto ya de recursos, aguijoneado por la necesidad! ¡Qué de combinas para sorprender ese premio gordó que se llama una esposa archimillonaria! ¡Qué contradanzas de nombres, qué fiebre de indagaciones, qué cálculo de conjeturas, qué insensatos sueños de casualidades asombrosas, qué recuento de probabilidades físicas, qué de pedir consejos á su experiencia de aficionado á faldas, de cazador de cabelleras y atisbador de momentos psicológicos!

No sería él el primero, ni el segundo que... No lo sería, de fijo; pero esta vez, en este juego como en el otro, vino la contraria. Y entonces sólo quedaban el revólver ó la fuga. Y huyó de Madrid á otras tierras donde acaso le esperen nuevos lances de la suerte caprichosa, donde quizás encuentre la dama del bolsón, la racha feliz en los naipes, algo que le permita subir á la superficie, flotando de nuevo al sol y á la luz...

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El estafador «elegante» que acaba de desaparecer de Madrid llevándose un pellizco de cerca de un millón de pesetas, es un hombre tipo, representativo de la actualidad social; su delito es colectivo, aunque lo haya cometido un individuo solo, y de su delito debería responder el estado social—si el estado social respondiese de alguna cosa...

**

Ante todo, conviene decir que, en noventa y nueve casos de cada ciento, estos hombres como Z***—suprimamos el nombre—son extremadamente «simpáticos.» A su alrededor se alza un coro de alabanzas y de murmullos halagadores. Nadie tiene para ellos una frase, no diré de reprobación, pero ni siquiera de censura indirecta; todas las manos se les tienden; una indulgencia sonriente envuelve sus actos; á su presencia no hay gestos desabridos; las personas más conspicuas admiten su relación y roce con llaneza fácil, de igual á igual. Sorprenderíais mucho á los *sportmen*, á los aristócratas, á los pudientes que con Z*** alternaron en círculos y palcos de sociedades, y sabe Dios en cuántos sitios más, si les dijeseis que un hombre semejante, que *vive como rico sin ser rico*, es el germen fatal y necesario del estafador y del ladrón, y que si no hoy, mañana, la estafa saldrá á luz, llevándose consigo el pan de alguna familia, que llora su ruina en silencio...

**

Si no estuviese hondamente desquiciado el sentido social, no existirían estas sorpresas. Un establecimiento de crédito como la Caja de Depósitos no podría contar entre sus funcionarios de confianza á una persona que sólo posee el modesto sueldo de cinco mil pesetas, suficiente para que un soltero viva con economía decorosa, y que gasta setenta u ochenta mil al año, por lo corto, en juergas, amores venales, tapete verde y derroche. Si un *viveur* por el estilo se sujeta á un trabajo diario de oficina que le reporta retribución tan insignificante para su tren y boato; si con el estómago pesado y los ojos hinchados de la orgía y el insomnio de la víspera se conforma á correr atropelladamente—son sus palabras—á la oficina, donde permanece escasamente media hora, enterándose á duras penas del embrollo de cifras y libramientos..., entenderá el menos entendedor que no es el amor al trabajo, no es el concepto del humilde deber cumplido, lo que lleva allí al empleado, y sospechará el menos receloso que cuando un jugador incorregible y público sigue desempeñando el cargo que le produce lo apenas bastante para unas noches de broma, es que detrás del cargo ve algo distinto, la reserva para un momento crítico, la caja de caudales donde meter la mano hasta el codo y llevarse entre los dedos buena tajada...